



Vasili Grossman

Tiergarten, Berlín 1945



Galaxia Gutenberg

VASILY GROSSMAN

Tiergarten,
Berlín 1945

Traducción de
Andréi Kozinets

Galaxia Gutenberg

Traducción del ruso: Andréi Kozinets

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2018

© The Estate of Vasili Grossman, 2013
© de la traducción: Andréi Kozinets, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 14063-2018
ISBN: 978-84-17355-02-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

TIERGARTEN¹

1. Parque de Berlín que contiene el zoológico municipal. Situado en el centro de la ciudad, da nombre a todo un barrio y está rodeado de edificios emblemáticos, tales como la Puerta de Brandenburgo o el edificio del Reichstag, donde actualmente se reúne el parlamento alemán.

I

Los habitantes del zoológico de Berlín escucharon con angustia el rumor del cañoneo, apenas audible. No lo confundieron, sin embargo, con el habitual silbido y estruendo que provocaban al caer, durante la noche, las bombas lanzadas desde aviones, ni con el rugido atronador de la pesada artillería antiaérea.

Mientras la batalla se libraba todavía lejos de las vías férreas y las carreteras de circunvalación del Gran Berlín, el fino oído de los osos, de los elefantes, del gorila y del mandril había acertado a captar de inmediato la novedad que, en contraste con el estruendo de los bombardeos nocturnos, presentaban aquellos sonidos apenas perceptibles.

Si entre los animales del zoo había cundido la alarma fue porque advirtieron la llegada de algo nuevo, de una transformación. Desde el otro lado del muro que rodeaba el zoológico, había empezado a oírse el chirrido de los carros de combate, que circulaban cada vez con mayor frecuencia. Ese sonido chirriante no se parecía en nada al susurro familiar de los automóviles ni al campaneo de los tranvías, como tampoco al ruido del tráfico ferroviario de las vías que cruzaban por encima de los edificios vecinos.

Aquellos seres ruidosos que acababan de aparecer casi siempre se desplazaban en manada; dejaban tras de sí un grueso tufo a aceite quemado, distinto del conocido olor que desprendían los seres alimentados con gasolina.

La gama de sonidos fue variando día tras día. El rumor de la gran ciudad, que los inquilinos de las jaulas percibían con la misma tranquilidad con que habrían percibido, de encontrarse en su hábitat natural, el susurro de las hierbas recias de la estepa, el golpear de la lluvia contra las hojas compactas como el cuero de la selva ecuatorial o el ruido de los bloques de hielo que chocan en la costa del mar del norte, ese rumor, con sus evidentes crecidas y bajadas en razón de la llegada del día y de la noche, se había desfasado, perdiendo toda correlación con el movimiento del sol y de la luna. En las horas nocturnas, cuando en la ciudad habitualmente reina la calma, el aire se llenaba ahora del mundanal ruido: voces humanas, pasos, el runrún de los motores.

Hasta entonces, los silbidos, los truenos y el zumbido monótono que bajaban del cielo habían guardado una estrecha relación con la noche, el relente, las estrellas y la luna. Pero ahora aquellos ruidos celestes, sin perder apenas intensidad, continuaban presentes a la luz del día, al amanecer y durante la puesta del sol. En la atmósfera turbia persistía el olor que agobia e inquieta a todos aquellos seres en cuya sangre anida el miedo ancestral ante los incendios esteparios y forestales, ante el humo ceniciento que se eleva sobre la tundra en agosto. Unas cenizas negras y crujientes descendían lentamente sobre el suelo: en los ministerios estaban quemando los archivos, y los animales del zoo, asustados, respiraban dentro de las jaulas, entre resuellos y estornudos, el olor a chamusquina.

Otro de los cambios que se había producido consistía en que el torrente humano que recorría el zoo de jaula en jaula desde la mañana hasta la noche de pronto había cesado. Quedaban sólo el hierro y el hormigón: un destino majestuoso e inescrutable.

Tres fueron las personas que pasaron delante de las jaulas a lo largo del día: una anciana, un niño y un soldado. Los animales, que al igual que los niños, destacan por su sencillez y capacidad de observación, los distinguieron y retuvieron sus rasgos en la memoria. Los ojos de la anciana rebosaban sufrimiento; vueltos hacia los habitantes de las jaulas, suplicaban compasión. La mirada fija del soldado destilaba el miedo a la muerte; los animales, que ya no tenían que participar en la lucha por la supervivencia pero que seguían con vida, le provocaban envidia. De los ojos azul pálido del niño, dirigidos hacia los osos y el gorila, se desprendía amor, admiración y el deseo de abandonar su casa en la ciudad para marcharse a vivir al bosque.

La pena, el miedo y el amor con que la anciana, el soldado y el niño contemplaron a los animales no escaparon a la mirada atenta de éstos.

Los animales se percataron, asimismo, de la presencia de otros dos visitantes: un herido en bata de hospital con solapas color naranja que traía la cabeza envuelta en vendas y algodón, con un brazo enyesado y en cabestrillo, y una chica flaca que lucía una cruz roja sobre su toca almidonada. Permanecieron sentados en un banco, los cuerpos inclinados el uno hacia el otro, sin volverse ni una sola vez para mirar las jaulas. Los habitantes del zoológico se quedaron sin poder ver los ojos ni los rostros de aquellas dos personas: un joven campesino magullado por la guerra y una muchacha.

También los celadores del zoo –esos seres que por su aspecto se parecían al resto de los humanos, pero que ostentaban mayor poder– habían experimentado un cambio. Durante años habían compartido con los habitantes de las jaulas la carne que habían conseguido en el curso de la caza de cada noche, invariablemente provechosa.

Estos últimos días, sin embargo, las cacerías habían sido exiguas; en ocasiones, los celadores habían llegado incluso con las manos vacías. Quizá la caza se hubiera dispersado, ahuyentada por el ruido y los incendios. O bien podría ser que los celadores, al pasar hambre, trataran de cambiar el lugar de cacería siguiendo a los herbívoros hacía sus nuevos pastos. Los tigres y los leones, hambrientos, intentaron cazar los gorriones y ratones que merodeaban por las jaulas, pero éstos no les tenían miedo: hacía mucho tiempo que habían caído en la cuenta de que aquellos seres soñolientos e inofensivos se parecían a los gatos callejeros sólo por su aspecto.

Aún había otro motivo para que los animales del zoo se alteraran: el aire embriagador de la mañana, la hierba joven que brotaba a través del asfalto, las ramas de los árboles, oscurecidas, que se habían colmado de vida y cubierto de hojas, y cuya juventud y ternura provocaba incluso en los carnívoros el deseo de convertirse en herbívoros.

Durante los días de abril, llenos de encanto, el mundo resulta nuevo e insólito aun a los viejos cansados de respirar. En esa época del año, todo aquello que habitualmente se desliza sin dejar rastro cobra relieve y se vuelve claro y tangible. Entonces, la tierra apisonada de las plazas, el agua de los sumideros, el asfalto oscuro de la no-

che, las gotas de lluvia sobre el cristal de las ventanillas de los autobuses urbanos: todo aparece como inusual, con un aire festivo.

Y sucedió que todas esas cosas –el fragor lejano y hondo, las fragancias de la primavera, el olor a quemado de los incendios– infundieron a muchos de los habitantes del zoo la esperanza, alegre y certera, del cambio y de un destino nuevo.

Algunos de esos animales habían sido capturados siendo aún cachorros y no guardaban recuerdo alguno de la libertad; otros habían nacido en cautiverio. Los había que eran cautivos de tercera generación, por lo que parecía que toda sustancia de libertad se hubiera volatilizado de su sangre. Aun así, aquellos seres que habían olvidado lo que era la libertad o, al igual que los abuelos de muchos de ellos, ni siquiera la habían conocido no dejaban de agitarse dentro de las jaulas, presas de la ansiedad y un presentimiento confuso.